

Literatura Comparada y *World Literature* ante la Globalización

Darío Villanueva

Universidad Santiago Compostela

Resumen: Al final del pasado siglo Susan Basnett llegó a afirmar que “today, comparative literature in one sense is dead”. Diez años después, Gayatri Chakravorty Spivak llevaba la consumación del proceso al propio título de su libro: *Death of a Discipline*. Los síntomas que aduce Basnett para justificar su pesimismo son, por caso, la recuperación de espacio por parte de la Literatura inglesa a costa de la Teoría en los Estados Unidos, el impacto de los estudios culturales, la disminución de cátedras específicas y en general los perjuicios causados por el antieurocentrismo propio de las perspectivas postcoloniales y multiculturales. Spivak, por su parte, concibe su libro como “the last gasp of a dying discipline”, agonía que atribuye en términos generales a circunstancias y condicionamientos ya apuntados por su colega británica, y aboga no solo porque los comparatistas se atrevan a “cross borders” sino también por una recuperación de la lectura con sentido. Acaso más que nunca antes, profundizar en el conocimiento del fenómeno literario significa hoy por hoy estudiar textos desde una perspectiva comparatista: hacerlo con la mentalidad, la actitud y la metodología de la disciplina académica que desde hace ya dos siglos se viene denominando Literatura comparada. Y que nació simultáneamente a la proclama de Goethe a favor de que el concepto de literatura nacional ya no tenía sentido y que en su lugar cobraba entidad el concepto de una verdadera *Weltliteratur*. La reviviscencia de esta *World Literature* en el siglo XXI no significa contradicción con la vieja disciplina de Villemain. Desde sus orígenes, eran dos conceptos sumamente próximos, y esa proximidad se ve ratificada hoy en día en un mundo globalizado.

Aunque en algunas lenguas se usen con frecuencia ambas palabras como sinónimas, cabe atribuir significados diferentes a *langage* y *langue*, tal y como el fundador de la Lingüística moderna, Ferdinand de Saussure, formuló en su *Cours de linguistique générale* publicado en 1916.

El *lenguaje* se apoya en una facultad que nos da la naturaleza. Se trata, pues, de esa dotación genética que todos los humanos poseen en virtud de su anatomía y configuración neuronal. De hecho, no se ha encontrado nunca una comunidad humana, por primitiva y remota que fuese, cuyos individuos no se sirviesen de aquella competencia lingüística para comunicarse. Pero para que el fenómeno de la realización lingüística llegue a producirse en plenitud es imprescindible la existencia de la *langue*, que consiste en un conjunto de convenciones adoptadas por el cuerpo social para permitir el ejercicio de aquella facultad por parte de cada individuo.

Estamos, pues, ante un fenómeno complejo. Biología, sociología y psicología a la vez. En todo caso, un hecho que roza el prodigio y que, sobre todo, puede ser calificado como radicalmente igualitario y democrático. Pero una de las expresiones más sublimes del lenguaje humano se da cuando hablantes dotados de una especial sensibilidad y competencia utilizan la lengua para producir una expresión artística, para "donner un sens plus pur aux mots de la tribu" como recordaba Mallarmé. Al ser el lenguaje una facultad universal también lo es su uso estético. Su plasmación se da en lo que desde el Siglo XVIII varias lenguas denominan *literatura*.

Lenguaje y poesía constituyen dos poderosos argumentos más a favor de la existencia de una condición humana de alcance universal. En gran medida, tanto Goethe como los padres de la *Littérature comparée* vienen del espíritu de la Luces, de la Ilustración racionalista, inspiradora, entre otros avances, del reconocimiento de los derechos humanos. A todo ello se añade la capacidad que la mejor literatura tiene de expresar lo más profundo, común o duradero de la experiencia humana, que obedece a pautas constantes, más allá de las naturales especificaciones concretas que de cada pasión, de cada sentimiento o de cada carácter puedan darse en cada persona. Otro tanto cabe decir de la realidad que nos rodea, cuyos cuatro elementos básicos se dan también de modo invariable. El fundamento básico

de todas las artes es, así, la imitación, pues los humanos somos esencialmente miméticos. Para satisfacer tal pulsión contamos con las artes. Todas imitan; el objeto de su mimesis es el mismo: la realidad natural y la realidad humana. Pero cada una de ellas lo hace con instrumentos diferentes. La que imita mediante las palabras es aquella para la que Aristóteles no tiene un nombre específico, pero a la que dedica su *Poética*, el primer tratado teórico sobre la Literatura.

En mayo de 1827, según cuenta Eckermann, Goethe recibió en su casa al erudito francés Jean-Jacques Ampère en la que hablaron profusamente de literatura. Hacía pocos meses el escritor alemán había formulado ante el propio Eckermann su convencimiento de que el concepto de literatura nacional ya no tenía sentido y que en su lugar cobraba entidad el concepto de una verdadera *Weltliteratur*. De hecho, entre 1827 y 1831 podemos registrar 22 referencias de Goethe a esa *Weltliteratur*, que otras veces denomina "Universal World Literature" o "General World Literature". Pero hay una ocasión en que escribe: "European, in other words, World Literature".

Jean-Jacques Ampère, por su parte, pertenece al círculo de los fundadores franceses de una nueva disciplina en el ámbito de los estudios literarios, la *Littérature comparée*, que había comenzado a cultivar por aquellos mismos años Abel-François Villemain. Tenemos, pues, desde el primer tercio del Siglo XIX, dos conceptos sumamente próximos.

El primero de ellos, la *weltliteratur*, responde a la visión profética de un poeta que de tal modo definía un territorio: la literatura sin fronteras. Ese será precisamente el objeto de trabajo de una nueva disciplina basada en un método, la comparación, que por aquel entonces se estaba generalizando también en otros ámbitos científicos, desde la Antropología comparada de Humboldt, que data de 1795, hasta la Embriología de Coste y la Lingüística comparativa de Bopp, Diez, Schleicher, Rask o A. W. Schlegel.

Aquel concepto está cobrando precisamente ahora, casi dos siglos después, nueva vigencia. David Damrosch (2003) insiste en que se trata en definitiva no tanto de una biblioteca caótica de obras de todas las procedencias cuanto de una red funcional, establecida en el escenario de un concierto universal. Por eso su definición de la *Weltliteratur* suma tres notas: "an elliptical refraction of national literatures", "writing that

gains in translation" y "not a set canon of texts but a mode of reading, a form of detached engagement with worlds beyond our own place and time". Es importante destacar la noción de *sistema literario* que figura en los planteamientos de Damrosch y está implícita en el pensamiento de T. S. Eliot, la teoría de los procesos interliterarios de Dionýz Ďurišin, en el primer libro de Claudio Guillén (1971), y en los últimos aportes al "nuevo paradigma" de la Literatura comparada al que más adelante nos referiremos.

El espíritu que alentó el nacimiento del comparatismo y pervive en quienes lo practican está en una idea que T. S. Eliot expone en "Tradition and Individual Talent"(1920). Según este exalumno de Harvard, universidad pionera en la Literatura comparada, existe un orden ideal constituido por todas las obras ya producidas que se modifica parcialmente con la aparición de un nuevo texto literario, pues con él se reajusta no solo el significado de cada creación concreta, sino también el conjunto formado por todas ellas. El pasado influye en el presente de la literatura, pero también sucede lo contrario, y si esto es así en cuanto a la dimensión temporal, qué decir de la puramente espacial: es absurdo considerar que la literatura escrita en una lengua y en un país se nutre exclusivamente de sí misma, pues desde los clásicos grecolatinos, árabes o chinos hasta los escritores contemporáneos de otras lenguas y nacionalidades, todos han estado contribuyendo a cada creación singular, que será medida y valorada fundamentalmente a través de la comparación.

Los estudios literarios resultan de la convivencia y colaboración de cuatro disciplinas que son la Poética o Teoría de la Literatura, la Crítica literaria, la Historia literaria y, por último, la Literatura comparada. Mas durante los últimos ciento cincuenta años, la Historia de la Literatura ha predominado sobre las demás, como fruto preclaro del Romanticismo alemán, muy vinculada a la emergencia del concepto político de nación. Lo cierto es que el nacionalismo literario es a la vez el gran acicate y uno de los mayores frenos para la existencia de la Literatura comparada. Porque la Historia literaria como disciplina terminó con una concepción anterior en la que no cabía una identificación separada de la Literatura en una lengua en relación a la Literatura escrita en otras, sino la existencia de un *continuum* literario que estaba fundado, sobre todo, en la Poética y en esa

gran teoría de los discursos constituida por la Retórica. Existía *una* Literatura, que cobraba diversas manifestaciones en códigos lingüísticos diferentes pertenecientes a una patria común, a un Parnaso de las letras, que la Retórica y la Poética asentaban en una tradición supranacional, originaria de Grecia y Roma. Como escribe Claudio Guillén (1993: 25), "the unity of the poetic always triumphed over the diversity of the poetry".

Una vez que se rompe la trayectoria que había representado el predominio de la Poética hasta principios del S. XIX, la Literatura comparada viene a restituir esa continuidad; a recuperarla no a partir de ciertos "universales literarios", sino desde los "particulares literarios" de cada una de las lenguas en su manifestación artística, puestos en común, comparados y evaluados para percibir en ellos semejanzas y divergencias.

La Literatura comparada es indesligable del conjunto de la "Ciencia literaria", así denominada desde la acuñación, hace ya un siglo, de la "Literaturwissenschaft" alemana. Su marco está en una estructura cuatripartita que tiene como objeto central la Literatura, para proyectar sobre ella cuatro impulsos diferentes que han seguido un claro orden de prelación cronológica: una vez que los textos están ahí, lo primero es analizarlos y valorarlos, tarea que emprende en Grecia la Crítica literaria presocrática. Cumplida esta operación sobre un corpus suficientemente amplio, se percibirán concomitancias no superficiales sino en profundidad entre varios de ellos, y entonces surgirá la chispa de la generalización y el esbozo de ciertas leyes; es decir, se produce el salto teórico. Luego, cuando se inyecta en una cultura determinada un cierto sentido histórico y, también, se empiezan a construir las unidades políticas a que denominamos nación, la Historia literaria irrumpe con fuerza. Y por último, surge la Literatura comparada.

Decía Eugenio Coseriu que un buen lingüista debía ser a la vez botánico y jardinero, teórico y práctico, rastreador de datos concretos, pero atento a las invariantes que subyacen a ellos. Esto mismo ocurre con el estudio de la Literatura: tenemos que atender al texto, desmenuzarlo en cuanto lectores especiales que somos de ellos, pero conviene también que sepamos trascender lo que el poema es en sí, individualmente, para alcanzar una visión de conjunto que enriquecerá, en todo caso, lo que el poema significa. Pero ni la Crítica ni la Teoría se pueden desligar de la Historia literaria y de la Literatura comparada.

¿Cómo renunciar a una equilibrada, armónica y fecunda colaboración entre estos cuatro modos distintos de abordar un mismo objeto, que es la Literatura?

Una Teoría literaria que no se base en una Crítica analítica suficientemente desarrollada será una teoría endeble; igualmente lo será si no ha abarcado con suficiente amplitud el panorama histórico. Pero lo que aporta la Literatura comparada es una prueba de contraste imprescindible, al multiplicar la secuencia diacrónica en distintos ámbitos lingüísticos, que quedan así simultaneizados. Lo que la Literatura comparada en último término viene a darnos es la ratificación de las conclusiones que las otras tres ramas de la Ciencia literaria nos proporcionan. La Teoría literaria se consolida cuando sus propuestas de invariantes o leyes generales se objetivan en literaturas de varias lenguas y de diferentes tradiciones. La Historia literaria de una determinada nación o de una determinada lengua, cobra su auténtico perfil de resonancia cuando la ponemos en relación con otras literaturas, y lo mismo ocurre con la Crítica literaria, que no puede afinar sus instrumentos de análisis si no cuenta con un panorama que solo la Literatura comparada le puede servir.

Las definiciones de Literatura comparada son múltiples, y no han dejado de revisarse continuamente desde que Fernand Baldensperger (1921) abrió la *Revue de Littérature Comparée* tratando acerca de "le mot et la chose". Pero sigue siendo válida la propuesta de Henry H. H. Remark, consagrada por Roland Mortier (1981: 12) como "la meilleure définition de la littérature comparée" en el noveno congreso (1979) de la AILC/ICLA: "In brief, it is the comparison of one literature with another or others, and the comparison of literature with other spheres of human expression".

Como la más joven de las disciplinas dedicadas al estudio del aprovechamiento estético de las palabras, la Literatura Comparada ha sido sensible ante las provocaciones y contradicciones que le han sobrevenido a partir de la Historia y la propia evolución dialéctica del pensamiento, las ideologías y la cultura, pero lleva asimismo en su propio seno un germen de tensión difícil de superar. Nos referimos a que la vocación de la Literatura Comparada presenta unos ciertos componentes utópicos, nacidos de la vastedad del campo que abarca y las naturales limitaciones humanas con que debemos enfrentarnos a él.

No cabe duda de que hay individuos privilegiados a este respecto por razón de su procedencia familiar o geográfica. Hugo von Metzl, el creador en 1877-1879 de la primera revista de la disciplina, era un húngaro de lengua alemana que vivió en Transilvania como ciudadano del Imperio austro-húngaro, se formó en Heilderberg y desempeñó cátedra en la Franz-Joseph-Universität de Cluj/Kolozsvar. Similares perfiles se repiten entre grandes comparatistas. Desde Louis Betz, que era neoyorquino de padres alemanes, y fue en Zürich donde estudió y enseñó, hasta Edward W. Said (1999), que en su autobiografía *Out of Place* nos proporciona todas las claves de su trayectoria personal, la de un palestino nacido en Jerusalén en 1935, desde donde su familia se traslada al Líbano y en 1948 a Egipto para doctorarse finalmente en Harvard y enseñar Literatura inglesa y comparada en Columbia University.

Muy pronto, sin embargo, surgieron las limitaciones obligadas: el propio Hugo von Metzl acomodaba su *Weltliteratur* a un *Dekaglotismus*: alemán, inglés, español, holandés, húngaro, islandés, italiano, portugués, sueco y francés, amén del latín. Aparte del griego y el árabe, quedan fuera todas las lenguas orientales y africanas, pero también alguna europea de tan fecunda tradición literaria como pueda ser el ruso. Y de hecho, el decaglotismo de la ya mencionada revista que fundó, *Acta Comparationis Litterarum Universarum*, era más ficticio que real. Porcentualmente, las lenguas predominantes a lo largo de los once años de su existencia fueron el húngaro y el alemán, este con casi la mitad de sus artículos.

Sin embargo, Metzl defendía la contraposición del "principio de poliglotismo" al "principio de traducción", según la cual la auténtica comparación solo es posible cuando tenemos ante nuestros ojos a los objetos de nuestra comparación en su forma original, prurito que adornará el aura de los "verdaderos" comparatistas hasta nuestros propios debates actuales. En cierto modo la Literatura Comparada constituyó desde sus orígenes un *tour de force* de los estudiosos de la literatura. Un terreno acotado, concebido para el brillo de los *happy few* capaces de ejercer el más ambicioso de los poliglotismos y acomodar sus mentes a los horizontes más abiertamente cosmopolitas. Pero incluso en el caso de los comparatistas más señeros el reto no deja de constituir una utopía: todas las literaturas de todas las lenguas de todos los tiempos.

Con razón pudo achacársele a este planteamiento el calificativo de elitista y eurocentrista. Por otra parte, la Literatura Comparada incomoda desde su nacimiento a los estudiosos de las historias de las literaturas nacionales. Sobre todo si pretendía un estatuto de disciplina independiente (y prestigiosa). Como tal, tenía que luchar contra la hostilidad de los colegas próximos, contra los avatares de la Historia que no dejaban de influir en su trayectoria y, por su característica porosidad intelectual y metodológica, contra las modas imperantes, contra los distintos paradigmas que se fueron sucediendo en los estudios literarios y humanísticos.

Desde sus mismos orígenes la Literatura comparada apunta inicialmente en la dirección de la Historia, pero ya lleva en germen una proyección hacia la Teoría que, con el tiempo, dará lugar a dos orientaciones, que se suelen conectar con dos especificaciones geográficas hasta el extremo de hablarse de una Literatura comparada de raíz francesa frente a la raíz u hora norteamericana, que es posterior. René Etiemble (1963: 62) consagra en cierto modo esta dualidad al referirse expresamente a "l'école américaine" y "l'école française".

A la segunda se le atribuye un énfasis fundamentalmente histórico; a la primera, una inclinación preferentemente teórica. Aquella atiende a los "rapports de fait", a las relaciones directas o causales entre obras y autores, a la circulación de escuelas, géneros, tendencias, estilos, motivos, etcétera, lo que se ha caricaturizado como el estudio del "comercio exterior de las literaturas".

Durante un siglo, aproximadamente, se ha dado el predominio de esta postura o enfoque, que nace de un positivismo desde el que importa ante todo ver la transmisión de temas, asuntos, motivos, personajes, corrientes, escuelas, etc., de un país a otro, o, mejor, de una lengua a otra. El modelo, en este caso, son tesis como la de Fernand Baldensperger (1904) *Goethe en France*, que tiene sus continuaciones en el *Goethe en Anglaterre* (1920) de J. M. Carré, o el *Goethe en Espagne* (1958) de Robert Pageard.

Frente a ella, la otra orientación atiende, ante todo, a las convergencias, sin necesidad de buscar las relaciones causales, algo que desde antiguo los estudiosos de la literatura percibieron y justificaron. Se trata del fenómeno de la *poligénesis*: ¿por qué en

lugares distintos se producen expresiones literarias extraordinariamente concomitantes, sin que tengamos constancia ni seamos capaces de descubrir una relación de dependencia directa entre lo uno y lo otro?

Cuando a William Faulkner se le planteaba reiterativamente el tema de su discipulaje y dependencia en relación a James Joyce, pues su técnica narrativa parecía, punto por punto, inspirada en la que el irlandés supo instaurar revolucionariamente en *Ulysses* y ratificar en *Finnegan's Wake*, la contestación del autor de *The Sound and the Fury* siempre apuntaba al reconocimiento de la similitud, pero protestaba que él había empezado a escribir y publicar novela antes de haber leído a Joyce. La clave, según Faulkner, residía en que "there must be a sort of pollen of ideas floating in the air, which fertilizes similarly minds here and there which have not had direct contact".

Como ya hemos apuntado, desde sus mismos orígenes es fácil percibir una relación muy directa entre los avatares de nuestra Historia más reciente y el propio desarrollo de la Literatura comparada. A partir de mediados del S. XIX se extiende en principio gracias a realizaciones individuales. Además de la tarea de Metzl y de algunos precursores del XVIII como el español Juan Andrés, en 1849 el discurso inaugural de la Universidad de Dijon corre a cargo de L. Benloews y se titula "Introduction à l'histoire comparée des littératures", y en 1886 un inglés afincado en Auckland, Hutcheson Posnett, publica en Londres el primer manual de *Comparative Literature*.

Pero será el S. XX el gran momento de consolidación para la Literatura comparada, nunca ajeno al rumbo general de la Historia. Por ejemplo, se acusa con nitidez el fuerte impulso que cobra al concluir la primera guerra mundial. Surge entonces, tras el tratado de Versalles, el convencimiento de que las heridas del conflicto debían de ser restañadas por medio del mutuo conocimiento entre los pueblos, tarea en la que sus respectivas aportaciones culturales y artísticas resultaban imprescindibles, y de este modo, no solo proliferan todavía más estos estudios comparatísticos en las universidades, sino que se empiezan a crear asociaciones tanto nacionales como internacionales generalmente dedicadas a la "literatura general y comparada".

La segunda gran guerra representa un nuevo parón, pero sus consecuencias fueron, en este sentido, contradictorias, como se puede percibir por ejemplo en la obra de Robert J. Clements (1978) sobre la Literatura comparada como disciplina académica en los Estados Unidos. Clements recuerda, así, el proceso de cómo tal disciplina llegó a ser expresamente amparada por la UNESCO, que en el año 1976 estableció, incluso, un *syllabus* o proyecto de plan de trabajo tanto para los estudios de pre-grado como los doctorales.

Es obvio que la paz proporciona el ambiente que más favorece los intercambios literarios y estimula el interés por encontrar un continuum entre literaturas pertenecientes a lenguas y naciones distintas. La política de bloques y la llamada "guerra fría" tampoco fueron favorables, sobre todo en la medida en que frenaron este impulso en algunos países tras el llamado "Telón de acero" que, como es el caso de Hungría, eran pioneros en el desarrollo de la Literatura comparada. Por lo mismo, cabía pensar que los acontecimientos históricos de finales de los años ochenta abrían nuevas esperanzas en una Europa que por una parte vio caer el muro de Berlín y que, por otra, se encuentra todavía embarcada en la aventura de una integración ya no meramente económica, sino también política, para lo que es imprescindible ahondar en el reconocimiento de las raíces culturales comunes. Algo equivalente puede decirse a propósito del auge del interés disciplinar e intelectual por la *World Literature* previsto ya por Marx y Engels como una de las consecuencias de la globalización, cuando en el *Manifiesto comunista* de 1848 anuncian la emergencia de "una literatura mundo" "a partir de las numerosas literaturas nacionales y locales".

Lo que sí es evidente es que la Literatura comparada debe abandonar el eurocentrismo como "ideología", a la que se contrapone también ideológicamente el antieurocentrismo. Una vez asumida la condición quimérica de una Literatura comparada exhaustiva, inclusiva de toda la World Literature, resulta perfectamente legítimo promover el estudio comparatista de la literatura europea como una "regionalización" de aquel vasto campo, iniciativa propuesta por Gayatri Chakravarti Spivak mediante la adaptación de los "Area Studies" a la "traditional linguistic sophistication of Comparative Literature".

Entre los elementos desfavorables a la Literatura comparada, aparte de la exacerbación de los nacionalismos, hemos de contar con el "multiculturalismo" que, llego a

cobrar en algunos ámbitos universitarios un auge extraordinario, más allá de la esfera de la antropología cultural que lo vio nacer. Desde tal perspectiva se propugna una aplicación a lo literario de modelos tomados del imperialismo y la colonización. Así, la cultura occidental adquiere un sesgo de instrumento opresor, fundamentalmente eurocéntrico, sobre otras culturas a las que impuso un canon de valores literarios elitista y clasista. Según quienes así piensan, una Literatura es por completo equiparable a la otra; lo que ocurre que la llamada "clásica" va acompañada de un aparato de poder que minimaliza las manifestaciones locales.

Mas, con anterioridad a esta confrontación, desde el seno de la propia Literatura comparada aquel equilibrio inestable entre lo propiamente histórico y lo teórico que hemos apuntado, ya había precipitado en una crisis. Este conflicto puede decirse que alcanzó el estatuto de lo explícito a raíz de la intervención de Rene Wellek ante el segundo congreso de la AILC/ICLA que tuvo lugar en 1958: "The Crisis of Comparative Literature".

Lo más significativo es la vigencia que medio siglo después tienen algunos de los términos de aquella requisitoria de René Wellek, cuya personalidad es fruto de la tradición filológica europea aunque su carrera académica alcanzó su cenit en América. Según él, era necesaria una reorientación profunda de la disciplina. Para que la Literatura comparada dejase de ser "a stagnant backwater" (remanso estancado) debía colaborar sin reservas con la Teoría, la Crítica y la Historia literaria, sin exclusión de ninguna de ellas. El objeto de trabajo para los comparatistas debería de ser, justamente, la obra de arte literaria en sí misma, y para ello habrían de enfrentar "the problem of 'literariness', the central issue of aesthetics, the nature of art and literature".

La vinculación de esta postura con la fenomenología literaria del discípulo polaco de Edmund Husserl Roman Ingarden (1931) es fácilmente perceptible, si tenemos en cuenta además la significativa aportación eslava que el propio Wellek hizo a la *Teoría de la Literatura* que pocos años antes acababa de publicar con el norteamericano Austin Warren. Pero precisamente vendrá de Francia el apoyo más decidido para la reorientación de la Literatura comparada más allá de la exclusiva senda positivista.

Como bien recordamos, René Etiemble en publica 1963 *Comparaison n'est pas raison. La crise de la Littérature comparée*. Su talante es, en este sentido, de verdadera militancia, pues para Etiemble se trata de algo más que de una disciplina literaria, para convertirse en una afirmación política de universalismo y apertura histórica e intelectual. Ideas que, como las de Wellek, siguen teniendo plena vigencia a la hora de reflexionar en 2014 sobre el papel de la Literatura Comparada en el futuro de los Estudios literarios. Para un comparatista de la generación de Baldensperger el conocimiento práctico de alemán, inglés, español, francés, portugués e italiano era suficiente. Ya no le parecía así a Etiemble, pues la ignorancia absoluta del japonés y el ruso las considera de todo punto inaceptables. Sin embargo, no hace ascos, sino todo lo contrario, al papel primordial que las traducciones han de tener en su proyecto de un nuevo comparatismo. Pero lo que está claro en su propuesta es su distanciamiento de la Literatura comparada positivista y su interés por todo lo referente a los aspectos estéticos, a una estilística integrada, a un análisis comparativo de la métrica y de los símbolos que llevaría inexorablemente a una auténtica *Poética comparada* que su discípulo Earl Miner (1990: 238) acabaría por realizar.

Pese a que desde dentro de la propia disciplina hubo voces acreditadas que adelantaron a modo de autocrítica algunas objeciones acerca de cómo no estaba evolucionando de modo conveniente, al final del pasado siglo Susan Basnett llega a afirmar que "today, comparative literature in one sense is dead" (1993: 47). Diez años después, la no menos influyente Gayatri Chakravorty Spivak (2003) llevaba la consumación del proceso al propio título de su libro: *Death of a Discipline*.

Los síntomas que aduce Basnett para justificar su pesimismo son, por caso, la recuperación de espacio por parte de la Literatura inglesa a costa de la Teoría en los Estados Unidos, el impacto de los estudios culturales, la disminución de cátedras específicas y en general los perjuicios causados por el antieurocentrismo propio de las perspectivas postcoloniales y multiculturales. Spivak, por su parte, concibe su libro como "the last gasp of a dying discipline", agonía que atribuye en términos generales a circunstancias y condicionamientos ya apuntados por su colega británica, y aboga no solo porque los

comparatistas se atrevan a "cross borders" sino también por una recuperación de la lectura con sentido.

Efectivamente, la disciplina comparatista es también una suerte de ideología militante, un sistema de ideas acompañado de una visión amplia de la Literatura, el Humanismo y la propia Historia, algo que está en sus mismos orígenes decimonónicos (por no remontarnos a las Luces), que son liberales, pacifistas y cosmopolitas.

En la segunda edición española de *Entre lo uno y lo diverso. Introducción a la Literatura comparada*, Claudio Guillén (2005) define la atmósfera que respiran los comparatistas del presente como la generalización del desconcierto, después de que los cuarenta años comprendidos entre 1945 y 1985 representasen una Edad de Oro para el conocimiento sistemático y el estudio crítico e histórico de la literatura en general, en el contexto de un espacio literario cosmopolita.

Sobre todo le alarmaba la politización de las Humanidades en términos hasta hace poco desconocidos. Se fija, por caso, en la hegemonía que han ido adquiriendo, en detrimento de los estudios literarios tal y como se concebían tradicionalmente en la Academia, los "Cultural Studies" y los "Post-colonial Studies". Pero debe tenerse en cuenta también otro hecho relacionado con la evolución de la teoría literaria sobre todo en los Estados Unidos.

Con todo el respeto intelectual que merece el pensamiento de Jacques Derrida y alguno de sus seguidores como Paul de Man, no podemos ignorar que el triunfo de la Deconstrucción fue negativo para la valoración de la Literatura en el conjunto de los currículos académicos, que concebían las letras como un instrumento imprescindible para la formación integrada de las personas en varios ámbitos: el ético, el expresivo y comunicativo, el estético o el enciclopédico. Se consideraba, por lo tanto, que la Literatura significaba algo, que poseía un valor canónico en términos de valoración artística y que proporcionaba un cúmulo de informaciones sobre asuntos importantes, que eran pertinentes –*incumbentes*, diría Northrop Frye (1973) – a la condición humana.

La Deconstrucción viene a sugerir, por el contrario, que la Literatura puede carecer de sentido, que es como una especie de algarabía de ecos en la que no hay voces genuinas,

hasta el extremo de que el sentido se desdibuje o difumine por completo. El libro significa, de cierto, lo que el lector quiere que signifique, pero desde este relativismo hermenéutico, que la Fenomenología del citado Roman Ingarden explica por la evidencia de que la obra literaria es un esquema que debe ser “rellenado” por el lector en sus lagunas, en sus “lugares de indeterminación”, todavía queda mucha distancia para llegar a una “hermenéutica negativa” radical, que niega a la Literatura la capacidad transmitir sentido.

Desafortunadamente, tal fue el poso que la Deconstrucción fue dejando y tuvo ingratas consecuencias inmediatas en el estatuto de los estudios literarios en el ámbito universitario de las Humanidades. Como consecuencia, se produjo un vacío, una suerte de campo calcinado en el que había que sembrar algo nuevo; por ejemplo los *Cultural Studies*. En este trayecto, la tradición literaria se difumina, pierde su papel central, y junto a ella la tradición académico-filológica de los Estudios literarios en los que, como disciplina más joven, se integra la Literatura Comparada.

Edward Said no tiene, así, inconveniente en reconocer también que el poscolonialismo, los estudios culturales y otras disciplinas similares acabaron por desviar “the humanities from its rightful concern with the critical investigation of values, history, and freedom, turning it, it would seem, into a whole factory of word-spinning and insouciant specialities, many of them identity-based, that in their jargon and special pleading address only like-minded people, acolytes, and other academics” (Said, 2004: 14). Por otra parte, está convencido de que “those varieties of deconstructive Derridean readings” terminan “in undecidability and uncertainty” (inefabilidad e incerteza). No debe sorprendernos, pues, la única solución que Said (2004: 34) propone en su obra póstuma: “a return to a philological-interpretative model that is older and more widely based than the one that has prevailed in America since the introduction of humanistic study in the American university 150 years ago”.

No se nos oculta la responsabilidad que los excesos teóricos tuvieron en esta debacle, según el diagnóstico que George Steiner (1989: 7) hace de una cultura académica en la que se registra el predominio escandalizante “of the secondary and the parasitic”. Que en los Estados Unidos acabó produciéndose una reacción en esta línea por parte de los

académicos se puede comprobar, por ejemplo, en documentos como el informe de Karen J. Winkler (1993) "Scholars Mark the Beginning of the Age of Post-Theory".

Este es el escenario en que se produce el informe Bernheimer (1995: 5), quien es consciente asimismo de que acabó dándosele "priority to theory over literature, to method over matter" por la influencia poco favorable de "the inevitable aporia of deconstructive undecidability". A esta devaluación de la especificidad literaria y la incumbencia significativa de los textos se vino a unir "the politics of multiculturalism" y su rechazo del canon occidental con la erradicación de los programas de los escritores hasta el momento considerados clásicos, contra lo que levantó su voz Harold Bloom (1994), desenmascarando a la llamada "School of Resentment".

Desde el punto y hora en que "the work's value is perceived as residing primarily in the authenticity of the image it conveys of the culture it is taken to represent, politically and mimetically" (Bernheimer 1995: 8), cada literatura es absolutamente equiparable con cualquier otra, se esencializa en sí misma, sin el reconocimiento previo de ninguna primacía o prevalencia. En consecuencia, se neutraliza cualquier posibilidad de juicio diferenciado y de comparación, y al denostado canon eurocéntrico no se le sustituye por otro formado a partir de las literaturas africanas u orientales. Por esta senda llegamos a otra aporía que se añade a la ya mencionada: "that multiculturalist comparatism begins at home with a comparison of oneself to oneself". Por el contrario, lo que Bernheimer denomina "the anxieties of comparison" ofrece un vasto campo de posibilidades para la aproximación colaborativa entre el más joven de los estudios literarios y las múltiples facetas de los estudios culturales.

Desde los dos últimos decenios del siglo pasado se viene hablando del "nuevo paradigma" de la literatura comparada, por utilizar el mismo término que, a partir de Thomas S. Kuhn (1962), P. Swiggers (1982a; 1982b) y D. W. Fokkema (1982) hacen suyo. Y este último no dudaba en vincular el "nuevo paradigma" de la Literatura comparada con ciertas concepciones teóricas y con investigadores concretos que las habían desarrollado o lo estaban haciendo. ¿Podríamos reconocer que aquel "nuevo paradigma" sigue conservando su validez treinta años después de sus primeras formulaciones?

Entre aquellas propuestas de entonces se encuentran algunas de indudable valor todavía hoy. Ante todo, la ampliación de la perspectiva del texto literario singular como eje de la Literatura. En su lugar debe situarse el sistema de la comunicación literaria, que integra, junto al texto propiamente dicho, las situaciones y determinaciones de su producción, recepción y posprocesado, con los diferentes códigos actuantes a lo largo de todo el proceso. Los aspectos supranacionales de este "Sistema literario" serían, pues, el objeto de la Literatura comparada. Para ello es preciso, según Fokkema, recurrir a métodos de análisis complementarios de los tradicionales, sobre todo en una dirección psicológica y sociológica, experimental. Hay que reconstruir las diferentes situaciones literarias a lo largo de la Historia, y para ello es imprescindible el conocimiento de las reacciones de los lectores, de las que se deducirán los códigos que indujeron a determinados públicos a considerar a ciertos textos como literarios y a otros no. Para ello, tales códigos deben ser confrontados con códigos de otra índole. De lo que se trata es, en definitiva, de comparar sistemas literarios desde la perspectiva de los efectos que han producido y producen en sus destinatarios, de analizar las condiciones de la producción y la recepción de la literatura en el marco más amplio de una semiótica fundamentalmente pragmática y de la Teoría de la comunicación.

A la luz del planteamiento de Fokkema resulta inconfundible la estirpe de quienes, a partir del segundo tercio del siglo XX, vienen contribuyendo desde la Teoría a una Literatura comparada de nuevo cuño: Jan Mukařovský, Felix Vodicka, Hans Robert Jauss, Juri Lotman, Norbert Groeben, Siegfried J. Schmidt y, muy especialmente, Dionýz Ůřisin e Itamar Even-Zohar. Es decir, amén del Círculo de Praga, que tan bien supo armonizar el formalismo con la consideración histórica y social de la Literatura, representantes conspicuos de la "Estética de la recepción" alemana, la Semiótica de la Cultura de Tartu, la Pragmática y la Teoría empírica de la Literatura, y, finalmente, la "Teoría del polisistema". En esa misma línea hay que situar la más reciente propuesta a favor de una nueva Literatura Comparada que viene siendo formulada desde los años noventa sobre todo por Steven Tötösy de Zepetnek, un húngaro refugiado en Austria y Suiza y finalmente radicado

en Canadá. De hecho, la iniciativa de Tötösy se identifica con el amplio rubro de "The Systemic and Empirical Approach to Literature and Culture".

Para Siegfried J. Schmidt (1982), el "sistema LITERATURA" comprende cuatro esferas fundamentales: la producción de los textos, la mediación a que se someten para ser difundidos, su recepción y, finalmente, su posprocesado o transformación en otros productos no literarios. Desde esta construcción teórica y desde cada una de sus esferas es evidente que se puede desarrollar una comparación que ya no sería entre literaturas sino, como Schmidt prefiere, entre "sistemas literarios", constitutivos, como partes de un todo, del Sistema universal al que nos hemos referido ya. Eso es lo que Itamar Even-Zohar (1980; 1990) ha venido realizando explícitamente desde una visión comparatista con su "Teoría del polisistema", tarea en la que le ha secundado eficazmente desde Bélgica José Lambert. Estas teorías permiten estudiar una compleja red de relaciones entre estos factores, que dependen los unos de los otros a modo de estructura, y trabaja con la ayuda de un cuadro de construcciones heurísticas tales como "textos canonizados y no canonizados", "modelos dominantes y dominados", "repertorio", "sistemas primarios y secundarios", "centro y periferia", "intra- e interrelaciones", "producción, tradición e importación" y "estabilidad e inestabilidad" del sistema. De esta sucinta enumeración cabe colegir la aplicabilidad de esta teoría al estudio de la interferencia o dependencia entre polisistemas literarios, en lo que no deja de influir la ubicación de los dos investigadores mencionados en ámbitos histórico-políticos –el de Israel y el de Bélgica, respectivamente– multilingüísticos y multiculturales. Pero también atienden, desde los mismos supuestos, a las relaciones entre sistemas literarios o artísticos y otros sistemas simbólicos, que forman parte de un macro-sistema integrador, muy próximo a formulaciones similares de la Escuela de Tartu. En especial, es de destacar la atención que esta teoría presta al complejo pero fundamental tema de la traducción.

Un "sistema literario" se define, pues, como un conjunto de autores, obras y lectores relacionados por una serie de normas y modelos comunes que no coinciden necesariamente con los de otros sistemas. Las literaturas dejan de ofrecer así rígidos perfiles nacionales, pues sus fronteras son lábiles a causa de la mayor o menor estabilidad de los propios

sistemas. En todo caso, ninguno de ellos existe aislado, pero las conexiones a través del espacio y el tiempo son, en este sentido, muy variables, y proporcionan un campo prácticamente inagotable para una investigación comparatística verdaderamente sistemática.

A este respecto, Even-Zohar (1990: 58-60) propone como hipótesis de trabajo ciertas leyes para la interferencia y las relaciones literarias: que las literaturas nunca están en posición de no-contacto, que la interferencia literaria es casi siempre unilateral y que no va unida necesariamente a interferencias concomitantes de otro orden entre comunidades. La literatura-fuente lo es por razones de prestigio y dominio, y la literatura receptora acude a aquélla en busca de elementos inexistentes en su propio seno. Los contactos de los que se trata pueden establecerse entre un solo sector de ambos sistemas, y luego extenderse, o no, a otros; el repertorio de elementos importados no necesariamente mantendrá las mismas funciones que en la literatura fuente, y en general la apropiación de los mismos suele llevar emparejada su simplificación, regularización y esquematización. Even-Zohar encuentra en el caso hebreo un campo excelente para contrastar la aplicabilidad de estas leyes, pues a lo largo de la Historia sus relaciones de dependencia y simbiosis han apuntado hacia polos distintos, y literatura yiddish funcionó, hasta época reciente, como "the noncanonised system of Hebrew literature" (Even-Zohar 1980: 620).

Pero existe otra dimensión del "nuevo paradigma" de la literatura comparada que sigue pareciéndonos indeclinable. Se trata, en síntesis, de abandonar la relación genética causal para justificar cualquier prospección comparatista, y de atenerse a lo dado, a lo hechos en sí. Siempre que en dos literaturas distintas, o en una literatura y otro orden artístico, ya sea plástico o musical, aparezca un mismo fenómeno sin que haya mediado una relación de dependencia de una de las partes hacia la otra, entonces siempre asomará un elemento teórico fundamental; es decir, una invariante de la Literatura.

Jonathan Culler (1979) fue una de las voces que terció a favor de las relaciones privilegiadas, aunque no excluyentes, entre Teoría literaria y Literatura comparada. Casi cuarenta años después, luego de todas las tempestades ideológicas y metodológicas que han afectado a la disciplina obligándola a navegar entre Escila (la deconstrucción y el

multiculturalismo) y Caribdis (los Estudios culturales y poscoloniales y la globalización), continúa defendiendo "the centrality of literature" y pensando que, en definitiva, se trata de leer textos de variados tipos, pero "reading literarily". Esta última intervención de Culler forma parte del nuevo informe que la American Comparative Literature Association encargó a Haun Saussy y que finalmente dio lugar a todo un volumen publicado en 2006 bajo el título *Comparative Literature in an Age of Globalization*. La disciplina es por definición internacional, pero la mayoría de las tormentas antes mencionadas que han amenazado sus singladuras en los treinta últimos años han tenido su epicentro en los Estados Unidos. De hecho, como antecedentes del informe coordinado por Saussy, la ACLA había difundido en 1965 "the Levin Report", en 1975 "the Greene Report" y en 1993 el informe coordinado por Charles Bernheimer: *Comparative Literature in the Age of Multiculturalism*.

De "nouveau paradigme" hablaba también el rumano Adrian Marino (1988: 141-6). Si se trata de "Literatura", se implica necesariamente una dimensión realmente universal, mejor que supra-nacional. El conjunto de todas las literaturas del mundo, grandes y pequeñas, se confunde con "la littérature pure et simple" (Marino 1988: 144), y solo desde este "approche globale de la littérature" –la "republique mondiale des lettres" de Pascale Casanova (1999)– puede surgir una Poética sólidamente fundamentada, pues las categorías, los criterios generales y las tipologías son inseparables de lo universal. Una Teoría literaria se construye con la ayuda de elementos a la vez generales y generalizadores que denominamos invariantes, pero estos tanto más significativos y válidos son cuanto aparecen en literaturas que no han estado en contacto intenso y habitual entre ellas; por ejemplo, en las europeas y las orientales.

Esto mismo es lo que hace Earl Miner (1990) desde la perspectiva formal de la Poética. Cuando en la literatura china encontramos un tipo de composición lírica que es equiparable a un "alba" románica medieval, entonces sí que podremos proclamar, con toda justeza, que aquello constituye una constante literaria más allá de la contingencia de lo puramente histórico. Parece evidente que no se puede construir una teoría sólida de los géneros literarios a partir de un número reducido de obras que identificamos en el marco

de la historia de la literatura europea exclusivamente. La gran prueba de contraste para nuestro sistema de géneros, como en general para todos los demás aspectos teóricos, está en la literatura de Oriente. En el momento en que vemos que Cao Xuequín escribe *Dream of the Red Chamber* en el siglo XVIII y que se trata de un "roman fleuve" homologable a los que en Europa y América reciben esta denominación, entonces podemos considerar ratificada la abstracción teórica del género novela y de una de sus especificaciones subgenéricas.

Solo el tiempo transcurrido desde el informe de Bernheimer (1995) permite responder con certeza a la cuestión de si la porosidad y maleabilidad de la Literatura comparada han jugado a favor de su permanencia como disciplina académica sin desnaturalizarse ante la diversidad y amplitud de los estudios culturales. Y podemos concluir que ha demostrado poseer suficientes recursos como para superar contradicciones, integrar nuevas perspectivas y progresar en el sendero de la interdisciplinariedad.

Así ha sido en efecto, si nos atenemos al nuevo informe de Haun Saussy (2006). En él se habla sin reserva de "the Triumph of Comparative Literature", en cuanto que no solo ha superado las tormentas finiseculares sino que se muestra ahora cargada de legitimación, investida de una sutil autoridad semejante a la del primer violín en una orquesta. Sus departamentos han demostrado una generosa hospitalidad "to the miscellaneous, disfavored, outmoded, or too-good-to-be-true approaches" (Saussy 2006: 34). Su cosmopolitismo de raíz ha contribuido a superar las limitaciones de los estudios culturales y a corregir los excesos eurocéntricos; por lo mismo, ha ayudado a orientar los debates sobre el canon abriéndose a nuevos modelos de canonicidad; y en cuanto a la World literature, más que un rival, se ha convertido en "an object, even a project, of comparative literature" (Haussy 2006: 11) como si regresásemos a los tiempos del encuentro entre Goethe y Ampère.

Pero el diagnóstico de Saussy no resulta ni voluntarista ni aventurado. Tiene recios fundamentos. En primer lugar, por supuesto, algo tan determinante como "the universality of human experience" (Saussy 2006: 12). Y, en segundo término, que "no human culture is without verbal art" (Saussy 2006: 17). El terreno que pisa la Literatura comparada es tan

sólido como el de ese empleo particular del lenguaje para producir belleza y reproducir el mundo y la naturaleza humana al que llamamos Literatura. Por eso propugna "the centrality of literariness to the discipline", empeño en el que colaborarán las otras tres ramas de los estudios literarios, pero, sobre todo, y sin menoscabo de la Historia y la Crítica, la Teoría de la literatura: "Everyone who made or applied Theory became a comparatist" (Saussy 2006: 18).

Estudiar literatura es leer atentamente textos –*close reading*– para descubrir su unicidad estética a partir de su entramado lingüístico. Textos que forman parte de un sistema de acciones en el seno de la sociedad, entre las cuales las principales son la creación y la lectura, pero también interesan las distintas formas de mediación y de transformación del producto literario en otros derivados de él. Esto no lleva inevitablemente a la consideración de otros discursos y otros códigos, así como del papel que las nuevas tecnologías de la comunicación desempeñan ya no solo en la difusión de la literatura, sino en la transformación de los mismos procesos creativos que la producen, sin ignorar su enorme influencia en la "enciclopedia" cultural y el propio ejercicio del "act of reading" (Iser 1978) por parte de las nuevas generaciones de "nativos digitales" (Prensky 2001).

Acaso más que nunca antes, profundizar en el conocimiento del fenómeno literario significa hoy por hoy estudiar textos desde una perspectiva comparatista: hacerlo con la mentalidad, la actitud y la metodología de la disciplina académica que desde hace ya dos siglos se viene denominando Literatura comparada.

Bibliografía

Aldrige, A. O. (ed.) (1969), *Comparative Literature: Matter and Method*, Urbana/Chicago/Londres: University of Illinois Press.

Baldensperger, F. (1921), "Littérature comparée: le mot et la chose", *Révue de Littérature comparée*, I, 5-29.

Bassnett, S. (1993), *Comparative Literature : A Critical Introduction*, Oxford: Blackwell.

Bernheimer, Ch. (ed.) (1995), *Comparative Literature in the Age of Multiculturalism*, Baltimore & London: The Johns Hopkins University Press.

Bloom, H. (1994), *The Western Canon. The Books and Schools of the Ages*, Nueva York: Harcourt Brace & Company.

Casanova, Pascale (1999), *La république mondiale des lettres*, Paris: Du Seuil.

Clements, R. J. (1978), *Comparative Literature as Academic Discipline. A Statement of Principles, Praxis, Standards*, New York: The Modern Language Association of America.

Culler, J. (1979), "Comparative Literature and Literary Theory", *Michigan Germanic Studies*, 5. 2, 170-184.

D'haen, Th./ Damrosch, D. and Kadir, D. (eds.) (2012), *The Routledge Companion to World Literature*, London & New York: Routledge.

--/ Domínguez, C. and Rosendahl Thomsen, M. (eds.) (2013), *World Literature. A Reader*, London & New York: Routledge.

Damrosch, D. (2003), *What Is World Literature?*, Princeton : Princeton University Press.

Domínguez, C. (ed.) (2013), *Literatura europea comparada*, Madrid: Arco Libros.

Eckermann, J. P. (1982), *Gespräche mit Goethe in den letzten Jahren seines Lebens*, Berlin : Aufbau Verlag.

Eliot, T. S. (1972), *The Sacred Wood. Essays on Poetry and Criticism*, London: Methuen & Co. Ltda.

Etiemble, R. (1963), *Comparaison n'est pas raison. La crise de la Littérature Comparée*, Paris, Gallimard.

Etiemble, R. (1974), *Essais de littérature (vraiment) générale*, Paris, Gallimard.

Etiemble, R. (1988), *Ouverture(s) sur un comparatisme planétaire*, Paris: C. Bourgois.

Even-Zohar, I. (1980), "Interference in Dependent Literary Polysystems", en Köpeczi B., Vajda G. M. (eds.), *Actes du VIIIe Congrès de l'Association Internationale de Littérature Comparée*, Stuttgart: Kunst und Wissen, E. Bieber, vol. 2., 617-622.

-- (1990), *Polysystem Studies, Poetics Today*, 11. 1.

Fokkema, D. W. (1974), "Method and Programme of Comparative Literature", *Synthesis*, 1, 51-62.

-- (1982), "Comparative Literature and the New Paradigm", *Canadian Review of Comparative Literature*, 1, 1-18.

Frye, N. (1973), *The Critical Path. An Essay on the Social Context of Literary Criticism*, London: Indiana University Press.

Guillén, C. (1957), "Literatura como sistema", *Filologia Romanza*, IV, 1-29.

-- (1971), *Literature as System. Toward the Theory of Literary History*, Princeton: Princeton University Press.

-- (1993), *The Challenge of Comparative Literature*, Cambridge and London: Harvard University Press.

-- (2005), *Entre lo uno y lo diverso. Introducción a la Literatura Comparada (Ayer y hoy)*, Barcelona: Tusquets.

Ingarden, R. (1931), *Das Literarische Kunstwerk*, Tübingen Max Niemeyer Verlag, 3ª ed.

Iser, W. (1978), *The Act of Reading: A Theory of Aesthetic Response*, Baltimore: The Johns Hopkins University Press.

Kuhn, Th. (1962), *The Structure of Scientific Revolutions*, Chicago: The University of Chicago Press.

Lambert, J. (1987), "Un modèle descriptif pour l'étude de la littérature. La littérature comme polysystème", *Contextos*, V (9), 47-67.

-- (1984), "Plaidoyer pour un programme des études comparatistes: Littérature comparée et théorie du polysystème", *Actes du XVIe Congrès de la Société Française de Littérature Générale et Comparée*, Montpellier: Université de Montpellier, I, *Orientations de recherches et méthodes en littérature générale et comparée*.

-- (1986), "Les relations littéraires internationales comme problème de réception", *Oeuvres & Critiques*, XI, 2, 173-189.

-- (1997), "Itamar Even-Zohar's Polysystem Studies: An interdisciplinary Perspective on Cultural Research", *Canadian Review of Comparative Literature/Revue Canadienne de Littérature Comparée*, XXIV (1), 7-14.

Liu, James J. Y. (1975), *Chinese Theories of Literature*, Chicago: The University of Chicago Press.

Marino, A. (1980), "Repenser la littérature comparée", *Synthesis*, 7, 9-38.

-- (1988), *Comparatisme et théorie de la littérature*, Paris, Presses Universitaires de France.

Miner, E. (1990), *Comparative Poetics: An Intercultural Essay on Theories of Literature*, Princeton: Princeton University Press.

Mortier, R. (1981), "Cent ans de Littérature Comparée: L'acquis, les perspectives", en Konstantinovic, Z., Abderson, W., Dietze, W. (eds.), *Actes du IXe Congrès...*, vol. I, 11-17.

Prensky, M. (2001), "Digital Natives, Digital Immigrants", *On the Horizon*, vol. 9, no. 5, October 2001.

Remark, Henry H. H. (1980), "The Future of Comparative Literature", en Köpeczi B., Vajda G. M. (eds.), *Actes du VIIIe Congrès...*, vol. 2, 429-437.

Rosendhal Thomsen, M. (2008), *Mapping World Literature International Canonization and Transnational Literatures*, London: Continuum.

Said, E. W. (1999), *Out of Place: A Memoir*, New York: Vintage Books.

-- (2004), *Humanism and democratic criticism*, Houndmills/Nueva York: Palgrave Macmillan.

Saussy, H. (ed.) (2006), *Comparative Literature in an Age of Globalization*, Baltimore: The Johns Hopkins University Press.

Saussure, F. de (1959), *Course in General Linguistics*, New York: The Philosophical Library Inc.

Schmidt, Siegfried J. (1982), *Foundations for the Empirical Study of Literature. The Components of a Basic Theory*, Hamburgo, Helmut Buske Verlag.

Spivak, G. Ch. (2003) *Death of a Discipline*, New York: Columbia University Press.

Steiner, George (1989), *Real Presences. Is there anything in what we say?*, Londres/Boston: Faber and Faber.

Schmeling, M. (ed.) (1981), *Vergleichende Literaturwissenschaft. Theorie und Praxis*, Wiesbaden: Akademische Verlagsgesellschaft Athenaion.

Stallknecht, N. P., y Frenz, H. (eds.) (1961), *Comparative Literature: Method and Perspective*, Carbondale/Edwardsville: Southern Illinois University Press.

Swiggers, P. (1982a), "A New Paradigm for Comparative Literature", *Poetics Today*, 3: 1, 181-184.

Swiggers, P. (1982b), "Methodological Innovation in the Comparative Study of Literature", *Canadian Review of Comparative Literature*, 1, 19-26.

Tötösy de Zepetnek, Steven (1992), "Systemic Approaches to Literature: An Introduction with Selected Bibliographies", *Canadian Review of Comparative Literature/Revue Canadienne de Littérature Comparée*, XIX (1-2), 21-93.

-- (1998), *Comparative Literature. Theory, Method, Application*, Amsterdam-Atlanta, Rodopi.

-- (ed.) (2002), *Comparative Central European Culture*, West Lafayette: Purdue University Press.

-- (ed.) (2003), *Comparative Literature and Comparative Cultural Studies*, West Lafayette: Purdue University Press.

--/ y Sywenky, I. (eds.) (1997), *The Systemic and Empirical Approach to Literature and Culture as Theory and Application*, Edmonton/Siegen: University of Alberta/ Siegen Universitat.

Trousson, R. (1965), *Un problème de littérature comparée: les études des thèmes*, Paris: Lettres Modernes.

Villanueva, D. (1991), *El polen de ideas. Teoría, Crítica, Historia y Literatura_comparada*, Barcelona: PPU.

Wellek, R. (1963), "The Crisis of Comparative Literature", in *Concepts of Criticism*, New Haven/London: Yale University Press. , 282-295.

Winkler, K. J. (1993), "Scholars Mark the Beginning of the Age of Post-Theory", *The Chronicle of Higher Education*, october 13, A8-A9, A16-A17.